

La Cuaresma: tiempo favorable para convertirse obrando según Dios

Introducción al tiempo de Cuaresma

Cuarta semana del salterio

Comienza a utilizarse el volumen II de la Liturgia de las Horas.

En la Misa dominical: volumen II del Leccionario.

En la Misa ferial: volumen VII del Leccionario.

La Cuaresma es el tiempo que precede y dispone a la celebración de la Pascua. Tiempo de escucha de la Palabra de Dios y de conversión, de preparación y de memoria del Bautismo, de reconciliación con Dios y con los hermanos, de recurso más frecuente a las «armas de la penitencia cristiana»: la oración, el ayuno y la limosna (cf. Mt 6,1-6.16-18).

En el ámbito de la piedad popular no se percibe fácilmente el sentido histórico de la Cuaresma y no se han asimilado algunos de los grandes valores y temas, como la relación entre el «sacramento de los cuarenta días» y los sacramentos de la iniciación cristiana, o el misterio del «éxodo», presente a lo largo de todo el itinerario cuaresmal. Según una constante de la piedad popular, que tiende a centrarse en los misterios de la humanidad de Cristo, en la Cuaresma los fieles concentran su atención en la Pasión y Muerte del Señor.

El comienzo de los cuarenta días de penitencia, en el Rito romano, se caracteriza por el austero símbolo de las Cenizas, que distingue la Liturgia del Miércoles de Ceniza. Propio de los antiguos ritos con los que los pecadores convertidos se sometían a la penitencia canónica, el gesto de cubrirse con ceniza tiene el sentido de reconocer la propia fragilidad y mortalidad, que necesita ser redimida por la misericordia de Dios. Lejos de ser un gesto puramente exterior, la Iglesia lo ha conservado como signo de la actitud del corazón penitente que cada bautizado está llamado a asumir en el itinerario cuaresmal. Se debe ayudar a los fieles, que acuden en gran número a recibir la Ceniza, a que capten el significado interior que tiene este gesto, que abre a la conversión y al esfuerzo de la renovación pascual (*Del Directorio sobre la Piedad popular y la Liturgia* (nn. 124-125)

. Cuaresma es un camino. Hay un punto de partida: el Miércoles de Ceniza, y un punto de llegada: la Vigilia pascual. Cada día cuaresmal es un paso hacia la celebración de la Pascua. Recorrer el camino hacia la Pascua significa: renovar nuestras actitudes, convertirnos de corazón al Señor y creer en el Evangelio.

Normas particulares para el Tiempo de Cuaresma

14. Recomiéndese a los fieles una participación más intensa y más fructuosa en la Liturgia cuaresmal y en las celebraciones penitenciales. Exhórteseles, sobre todo, para que, según la ley y la tradición de la Iglesia, se acerquen en este tiempo al sacramento de la Penitencia y puedan así participar con el alma purificada en los Misterios Pascuales. Es muy conveniente que el sacramento de la Penitencia se celebre, durante el tiempo de Cuaresma, según el rito para reconciliar a varios penitentes con confesión y absolución individual, tal como viene indicado en el Ritual Romano (cf. Ritual de la Penitencia, 295-314). Los pastores estarán más disponibles para el ejercicio del ministerio de la reconciliación y darán facilidades para celebrar el sacramento de la Penitencia.

15. Las celebraciones de la Palabra de Dios son sumamente útiles para fomentar la vida espiritual, un amor más intenso a la Palabra de Dios y una celebración más fructuosa tanto de la Eucaristía como de los otros sacramentos. Por eso son recomendables en algunos días de Adviento, Cuaresma, y en los domingos y fiestas (CO, 223).

16. Se recomienda que se mantengan y renueven las asambleas de la Iglesia local según el modelo de las antiguas «estaciones» romanas. Estas asambleas de fieles pueden ser convocadas junto a los sepulcros de los santos o en las principales iglesias de la ciudad, o en los santuarios, o en otros lugares tradicionales de peregrinación que sean más frecuentados en la diócesis (cf. CO, 260).

17. Foméntense los ejercicios piadosos que responden mejor al carácter del tiempo de Cuaresma, como es el Vía Crucis, y sean imbuidos del espíritu de la Liturgia, de suerte que conduzcan a los fieles a la celebración del Misterio Pascual de Cristo.

18. En la celebración del Matrimonio se advertirá a los esposos que tengan en cuenta la naturaleza peculiar de este tiempo litúrgico. En ningún caso se celebrará el Matrimonio el Viernes Santo ni el Sábado Santo (cf. Ritual del Matrimonio, 32).

19. Se permite el uso del órgano y de los otros instrumentos musicales solo para sostener el canto, como corresponde al carácter penitencial de este tiempo. Se exceptúan las solemnidades, fiestas y el Domingo IV «Lætare» (cf. OGMR, 313).

20. No se puede adornar el altar con flores durante el tiempo de Cuaresma, excepto en las solemnidades, fiestas y el Domingo IV «Lætare» (OGMR, 305; CO, 236)

El Concilio Vaticano II enseña

“Puesto que el tiempo cuaresmal prepara a los fieles, entregados más intensamente a oír la Palabra de Dios y a la oración, para que celebren el misterio pascual, sobre todo mediante el recuerdo o la preparación del bautismo y mediante la penitencia, dése particular relieve en la liturgia y en la catequesis litúrgica al doble carácter de dicho tiempo. Por consiguiente:

- a) Úsense con mayor abundancia los elementos bautismales propios de la liturgia cuaresmal, y, según las circunstancias, restáurese ciertos elementos de la tradición anterior.
- b) Dígase lo mismo de los elementos penitenciales. Y en cuanto a la catequesis, incúlquese a los fieles, junto con las consecuencias sociales del pecado, la naturaleza propia de la penitencia, que detesta el pecado, en cuanto es ofensa de Dios; no se olvide tampoco la participación de la Iglesia en la acción penitencial y encarézcase la oración por los pecadores” (SC 109).

“La penitencia del tiempo cuaresmal no debe ser solo interna e individual, sino también externa y social. Foméntese la práctica penitencial de acuerdo con las posibilidades de nuestro tiempo y de los diversos países y condiciones de los fieles, y recomiéndese por parte de las autoridades de que habla en el art. 22.

“Téngase como sagrado el ayuno pascual: ha de celebrarse en todas partes el Viernes de la Pasión y Muerte del Señor y aun extenderse, según las circunstancias, al Sábado Santo, para que de este modo se llegue al gozo del Domingo de Resurrección con ánimo elevado y entusiasta” (SC 110).

.....

EN TORNO AL XIV SÍNODO DIOCESANO

- * Sigamos rezando por el XIV Sínodo diocesano.
- * Sigamos conociendo y explicando la “Evangelii Gaudium” del Papa Francisco
- * Alentemos a todos los que se han inscrito en un Grupo Sinodal

MIÉRCOLES DE CENIZA

Levantarse y ponerse en camino hacia la Pascua

Ayuno y abstinencia

Misa de feria (morado).

MISAL: antífonas y oraciones propias

Se omite el acto penitencial,

Prefacio III o IV Cuaresma.

No se puede decir la Plegaria Eucarística IV.

Leccionario volumen VIIº.

Bendición e imposición de la ceniza

Después del Evangelio y la homilía, se bendice e impone la ceniza, hecha de los ramos de olivo y de otros árboles bendecidos el año precedente. La bendición e imposición de la ceniza se puede hacer también fuera de la misa. En este caso es recomendable que preceda una Liturgia de la Palabra, utilizando la antífona de entrada, la oración colecta, las lecturas con sus cantos, como en la Misa.

Sigue después la homilía, la bendición e imposición de la ceniza.

El rito concluye con la oración universal.

Hoy no se permiten otras celebraciones; tampoco las Misas de difuntos, excepto la Misa exequial.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Al recibir la ceniza, nos reconocemos con humildad pecadores.

Este gesto de confesión ha de ser para todos el signo de nuestra voluntad de convertirnos de nuestros pecados.

Tengamos presente que somos amados por Dios que quiere la conversión del pecador y no su muerte.

Nunca olvidemos que Dios está siempre presto a perdonarnos y a hacernos vivir con su vida divina.

1.- LAS LECTURAS

* **Libro del profeta Joel 2, 12-18.** Rasgad los corazones y no las vestiduras. Hagamos penitencia. Convirtámonos al Señor que nos acoge y nos perdona.

* **Salmo Responsorial 50.** Misericordia, Dios mío, por tu bondad. Señor, hemos pecado. Ten piedad de nosotros. No te acuerdes de nuestras faltas ni de nuestros pecados.

* **Segunda Carta de San Pablo a los Corintios 5, 20-6, 2.** Jesucristo es nuestra paz. Él nos ha reconciliado con Dios por la cruz. Reconciliaos con Dios: ahora es tiempo favorable. Volvamos al Señor. No nos quedemos en el pecado.

* **Evangelio según San Mateo 6, 1-6. 16-18.** Jesús nos invita a practicar la limosna, la oración y el ayuno. Son caminos de conversión a Dios y de fraternidad con los demás.

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- La Cuaresma, tiempo de gracia

La Cuaresma es tiempo de gracia y de salvación que el Señor nos ofrece a todos.

Dios nos ama y nos ofrece su perdón.

Dios no se olvida de nosotros; tampoco de ti. Por puro amor y misericordia nos llama e invita a convertirnos de nuestros pecados. Esta llamada va a resonar a lo largo y ancho de la Cuaresma. No cerremos los oídos del alma a su llamada. No nos mostremos indiferentes ante su invitación. Confrontemos nuestra vida con el Evangelio de Jesucristo.

Volvamos al Padre que es compasivo y misericordioso. Él sale a nuestro encuentro, nos acoge y abraza, nos perdona y nos muestra su misericordia como al hijo pródigo.

No dejemos que este tiempo cuaresmal transcurra y pase sin que le demos una respuesta generosa y verdadera al Padre que en su Hijo Jesucristo nos llama a una vida santa, cristiana, honrada, fraterna, justa, solidaria...

El Espíritu Santo que nos envían el Padre y el Hijo nos ilumina para descubrir nuestros pecados, nos da fuerzas para levantarnos de nuestras faltas, nos mueve para volver a la Casa del Padre, nos hace testigos del Señor en el mundo y nos unge para ayudar a los necesitados..

Volvamos al Señor desde lo más profundo de nuestra alma, para nunca más apartarnos de Él. Quedémonos para siempre con el Señor.

En el sacramento de la Penitencia encontramos al Señor que a través de la persona del sacerdote-confesor nos ofrece su misericordia y su perdón para todos nuestros pecados. Ayudados por la gracia divina arrepintámonos de nuestros pecados, confesemos nuestros pecados, pidamos a Dios perdón de todos ellos en este sacramento del perdón y del amor de Dios. Este sacramento es una maravilla de la gracia y del amor de Dios para todos.

Ayudados por la gracia divina, procuremos que nuestra vida sea siempre una ofrenda agradable y santa para el Padre por Cristo en el Espíritu Santo.

Renunciemos y rechacemos todo aquello que nos aparta de Dios y nos aleja del prójimo. Dios no se cansa nunca de llamarnos, de esperarnos...Dios no pierde nunca la paciencia. “Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva”. El Señor nos llama a la penitencia y a la conversión para concedernos su perdón. Como San Pablo digamos hoy nosotros: “me amó y se entregó por mí hasta la muerte” (cf. Gal.2,20).

2.- La limosna, el ayuno, la oración

• El ayuno.

El ayuno que agrada a Dios es “romper las cadenas injustas, compartir su pan con el hambriento, albergar a los pobres sin techo, vestir al desnudo” (Is.58,6-7). ¡Cuánto tenemos que meditar estas palabras tan interpelantes para hacerlas realidad en nuestro mundo, en nuestra sociedad...!

Pidamos al Señor que nos dé un corazón que no se deje llevar nunca por la codicia ni la avaricia, por la soberbia ni la autosuficiencia.

Concédenos, Señor, que nunca nos dejemos arrastrar por la idolatría del dinero, del poder, de la frivolidad, del sexo, de la violencia...

¡Danos, Señor, un corazón pobre y misericordioso, lleno de mansedumbre y de piedad!.

Arranquemos de nuestro corazón todo lo que es egoísmo, indiferencia, codicia, avaricia, injusticia, iniquidad... Todo esto no hace bien ni a nosotros ni a los demás...

UNAS PALABRAS DEL PAPA FRANCISCO

- “El servicio de la caridad es también una dimensión constitutiva de la misión de la Iglesia y expresión irrenunciable de su propia esencia” (n.179). Esta conexión de la evangelización con el amor fraterno es avalada por la Escritura de mil maneras y en mil lugares” (n 179).

- “Ya no se puede decir que la religión debe recluirse en el ámbito privado y que está solo para preparar las almas para el cielo. Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llamados a la plenitud eterna...”(EG n.182).

- “Todos los cristianos, también los pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor. De eso se trata, porque el pensamiento social de la Iglesia es ante todo positivo y propositivo, orienta una acción transformadora, y en este sentido no deja de ser un signo de esperanza que brota del corazón amante de Jesucristo” (EG n.183).

*** La limosna.**

La “cuaresma es un tiempo propicio para mostrar interés por el otro, con un signo concreto, aunque sea pequeño, de nuestra participación en la misma humanidad (...) Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. Un corazón que se deje impregnar por el Espíritu y guiar por los caminos del amor que nos llevan a los hermanos y hermanas. En definitiva un corazón pobre, que conoce sus propias pobreza y lo da todo por el otro” (Para Francisco, *Ibd.*).

Hagámonos presentes allí donde hay personas que sufren, que lloran. Llevemos aliento y alivio a los enfermos, a los desvalidos, a los necesitados...”También como individuos tenemos la tentación de la indiferencia”.

“Y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará”.

Unas palabras del Papa Francisco

- “El kerigma tiene un contenido ineludiblemente social; en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. El contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad” (EG. 177).

- “Desde el corazón del Evangelio reconocemos la íntima conexión que existe entre evangelización y promoción humana, que necesariamente debe expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora” (EG.178). –

*** La oración.**

“Podemos orar en la comunión de la Iglesia terrenal y celestial. No olvidemos la fuerza de la oración de tantas personas. La iniciativa “24 horas para el Señor”, que deseo que se celebre en toda la Iglesia -también a nivel diocesano-, en los días 13 y 14 de marzo, es expresión de esta necesidad de la oración” (Papa Francisco, *ibid.*).

Busquemos cada día un tiempo de silencio y de recogiendo para estar con el Señor que nos ama, para escuchar su Palabra y para dejarnos amar y salvar por Él.

Unas palabras del Papa Francisco:

En primer lugar, podemos orar en la comunión de la Iglesia terrenal y celestial. No olvidemos la fuerza de la oración de tantas personas. La iniciativa *24 horas para el Señor*, que deseo que se celebre en toda la Iglesia —también a nivel diocesano—, en los días 13 y 14 de marzo, es expresión de esta necesidad de la oración.(Mensaje Cuaresma 2015)

III.- PROSIGAMOS CELEBRANDO LA EUCARISTÍA

La llamada a la conversión que nos hace Jesucristo ha de provocar en cada uno de nosotros la acción de gracias.

Jesucristo nos llama y nos espera;

Jesucristo nos abraza y nos perdona;

Jesucristo nos acoge y nos invita al banquete de la Eucaristía.

Acojamos esta llamada e invitación.

Respondamos con generosidad y con alegría

Participemos en el banquete eucarístico con fe, esperanza y amor.

Alimentados con el Cuerpo y la Sangre de Cristo:

Construyamos un mundo nuevo: humano, fraterno, abierto a Dios

Pongamos la mesa entre los más pobres

Esperemos la vuelta gloriosa de Cristo

Gracias, Señor, por habernos regalado el sacramento admirable de la Eucaristía.

Terminamos. Unidos en la plegaria.

Cáceres, 16 de febrero de 2015.

Florentino Muñoz Muñoz

**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA CUARESMA 2015**

Fortalezcan sus corazones (St 5,8)

Queridos hermanos y hermanas:

La Cuaresma es un tiempo de renovación para la Iglesia, para las comunidades y para cada creyente. Pero sobre todo es un «tiempo de gracia» (2 Co 6,2). Dios no nos pide nada que no nos haya dado antes: «Nosotros amemos a Dios porque él nos amó primero» (1 Jn 4,19). Él no es indiferente a nosotros. Está interesado en cada uno de nosotros, nos conoce por nuestro nombre, nos cuida y nos busca cuando lo dejamos. Cada uno de nosotros le interesa; su amor le impide ser indiferente a lo que nos sucede. Pero ocurre que cuando estamos bien y nos sentimos a gusto, nos olvidamos de los demás (algo que Dios Padre no hace jamás), no nos interesan sus problemas, ni sus sufrimientos, ni las injusticias que padecen... Entonces nuestro corazón cae en la indiferencia: yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de quienes no están bien. Esta actitud egoísta, de indiferencia, ha alcanzado hoy una dimensión mundial, hasta tal punto que podemos hablar de una globalización de la indiferencia. Se trata de un malestar que tenemos que afrontar como cristianos.

Cuando el pueblo de Dios se convierte a su amor, encuentra las respuestas a las preguntas que la historia le plantea continuamente. Uno de los desafíos más urgentes sobre los que quiero detenerme en este Mensaje es el de la globalización de la indiferencia. La indiferencia hacia el prójimo y hacia Dios es una tentación real también para los cristianos. Por eso, necesitamos oír en cada Cuaresma el grito de los profetas que levantan su voz y nos despiertan.

Dios no es indiferente al mundo, sino que lo ama hasta el punto de dar a su Hijo por la salvación de cada hombre. En la encarnación, en la vida terrena, en la muerte y resurrección del Hijo de Dios, se abre definitivamente la puerta entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra. Y la Iglesia es como la mano que tiene abierta esta puerta mediante la proclamación de la Palabra, la celebración de los sacramentos, el testimonio de la fe que actúa por la caridad (cf. Ga 5,6).

Sin embargo, el mundo tiende a cerrarse en sí mismo y a cerrar la puerta a través de la cual Dios entra en el mundo y el mundo en Él. Así, la

mano, que es la Iglesia, nunca debe sorprenderse si es rechazada, aplastada o herida.

El pueblo de Dios, por tanto, tiene necesidad de renovación, para no ser indiferente y para no cerrarse en sí mismo. Querría proponerles tres pasajes para meditar acerca de esta renovación.

1.-«Si un miembro sufre, todos sufren con él» (1 Co 12,26). La Iglesia

La caridad de Dios que rompe esa cerrazón mortal en sí mismos de la indiferencia, nos la ofrece la Iglesia con sus enseñanzas y, sobre todo, con su testimonio. Sin embargo, sólo se puede testimoniar lo que antes se ha experimentado. El cristiano es aquel que permite que Dios lo revista de su bondad y misericordia, que lo revista de Cristo, para llegar a ser como Él, siervo de Dios y de los hombres. Nos lo recuerda la liturgia del Jueves Santo con el rito del lavatorio de los pies. Pedro no quería que Jesús le lavase los pies, pero después entendió que Jesús no quería ser sólo un ejemplo de cómo debemos lavarnos los pies unos a otros. Este servicio sólo lo puede hacer quien antes se ha dejado lavar los pies por Cristo. Sólo éstos tienen “parte” con Él (*Jn 13,8*) y así pueden servir al hombre.

La Cuaresma es un tiempo propicio para dejarnos servir por Cristo y así llegar a ser como Él. Esto sucede cuando escuchamos la Palabra de Dios y cuando recibimos los sacramentos, en particular la Eucaristía. En ella nos convertimos en lo que recibimos: el cuerpo de Cristo. En él no hay lugar para la indiferencia, que tan a menudo parece tener tanto poder en nuestros corazones. Quien es de Cristo pertenece a un solo cuerpo y en Él no se es indiferente hacia los demás. «Si un miembro sufre, todos sufren con él; y si un miembro es honrado, todos se alegran con él» (*1 Co 12,26*).

La Iglesia es *communio sanctorum* porque en ella participan los santos, pero a su vez porque es comunión de cosas santas: el amor de Dios que se nos reveló en Cristo y todos sus dones. Entre éstos está también la respuesta de cuantos se dejan tocar por ese amor. En esta comunión de los santos y en esta participación en las cosas santas, nadie posee sólo para sí mismo, sino que lo que tiene es para todos. Y puesto que estamos unidos en Dios, podemos hacer algo también por quienes están lejos, por aquellos a quienes nunca podríamos llegar sólo con nuestras fuerzas, porque con ellos y por ellos rezamos a Dios para que todos nos abramos a su obra de salvación.

2. «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9). Las parroquias y las comunidades

Lo que hemos dicho para la Iglesia universal es necesario traducirlo en la vida de las parroquias y comunidades. En estas realidades eclesiales ¿se tiene la experiencia de que formamos parte de un solo cuerpo? ¿Un cuerpo que recibe y comparte lo que Dios quiere donar? ¿Un cuerpo que conoce a sus miembros más débiles, pobres y pequeños, y se hace cargo de ellos? ¿O nos refugiamos en un amor universal que se compromete con los que están lejos en el mundo, pero olvida al Lázaro sentado delante de su propia puerta cerrada? (cf. *Lc* 16,19-31). Para recibir y hacer fructificar plenamente lo que Dios nos da es preciso superar los confines de la Iglesia visible en dos direcciones.

* En primer lugar, uniéndonos a la Iglesia del cielo en la oración. Cuando la Iglesia terrenal ora, se instaura una comunión de servicio y de bien mutuos que llega ante Dios. Junto con los santos, que encontraron su plenitud en Dios, formamos parte de la comunión en la cual el amor vence la indiferencia. La Iglesia del cielo no es triunfante porque ha dado la espalda a los sufrimientos del mundo y goza en solitario. Los santos ya contemplan y gozan, gracias a que, con la muerte y la resurrección de Jesús, vencieron definitivamente la indiferencia, la dureza de corazón y el odio. Hasta que esta victoria del amor no inunde todo el mundo, los santos caminan con nosotros, todavía peregrinos. Santa Teresa de Lisieux, doctora de la Iglesia, escribía convencida de que la alegría en el cielo por la victoria del amor crucificado no es plena mientras haya un solo hombre en la tierra que sufra y gima: «Cuento mucho con no permanecer inactiva en el cielo, mi deseo es seguir trabajando para la Iglesia y para las almas (*Carta* 254,14 julio 1897).

También nosotros participamos de los méritos y de la alegría de los santos, así como ellos participan de nuestra lucha y nuestro deseo de paz y reconciliación. Su alegría por la victoria de Cristo resucitado es para nosotros motivo de fuerza para superar tantas formas de indiferencia y de dureza de corazón.

* Por otra parte, toda comunidad cristiana está llamada a cruzar el umbral que la pone en relación con la sociedad que la rodea, con los pobres y los alejados. La Iglesia por naturaleza es misionera, no debe quedarse replegada en sí misma, sino que es enviada a todos los hombres. Esta misión es el testimonio paciente de Aquel que quiere llevar toda la realidad y cada hombre al Padre. La misión es lo que el amor no puede callar. La Iglesia sigue a Jesucristo por el camino que la lleva a cada hombre, hasta los confines de la tierra (cf. *Hch* 1,8). Así podemos ver en nuestro prójimo

al hermano y a la hermana por quienes Cristo murió y resucitó. Lo que hemos recibido, lo hemos recibido también para ellos. E, igualmente, lo que estos hermanos poseen es un don para la Iglesia y para toda la humanidad.

Queridos hermanos y hermanas, cuánto deseo que los lugares en los que se manifiesta la Iglesia, en particular nuestras parroquias y nuestras comunidades, lleguen a ser islas de misericordia en medio del mar de la indiferencia.

3. «Fortalezcan sus corazones» (St 5,8). La persona creyente

También como individuos tenemos la tentación de la indiferencia. Estamos saturados de noticias e imágenes tremendas que nos narran el sufrimiento humano y, al mismo tiempo, sentimos toda nuestra incapacidad para intervenir. ¿Qué podemos hacer para no dejarnos absorber por esta espiral de horror y de impotencia?

En primer lugar, podemos orar en la comunión de la Iglesia terrenal y celestial. No olvidemos la fuerza de la oración de tantas personas. La iniciativa *24 horas para el Señor*, que deseo que se celebre en toda la Iglesia —también a nivel diocesano—, en los días 13 y 14 de marzo, es expresión de esta necesidad de la oración.

En segundo lugar, podemos ayudar con gestos de caridad, llegando tanto a las personas cercanas como a las lejanas, gracias a los numerosos organismos de caridad de la Iglesia. La Cuaresma es un tiempo propicio para mostrar interés por el otro, con un signo concreto, aunque sea pequeño, de nuestra participación en la misma humanidad.

Y, en tercer lugar, el sufrimiento del otro constituye un llamado a la conversión, porque la necesidad del hermano me recuerda la fragilidad de mi vida, mi dependencia de Dios y de los hermanos. Si pedimos humildemente la gracia de Dios y aceptamos los límites de nuestras posibilidades, confiaremos en las infinitas posibilidades que nos reserva el amor de Dios. Y podremos resistir a la tentación diabólica que nos hace creer que nosotros solos podemos salvar al mundo y a nosotros mismos.

Para superar la indiferencia y nuestras pretensiones de omnipotencia, quiero pedir a todos **que este tiempo de Cuaresma se viva como un camino de formación del corazón**, como dijo Benedicto XVI (Ct. enc. *Deus caritas est*, 31). Tener un corazón misericordioso no significa tener un corazón débil. Quien desea ser misericordioso necesita un corazón fuerte, firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios. Un corazón que se deje impregnar por el Espíritu y guiar por los caminos del amor que nos llevan a los hermanos y hermanas. En definitiva, un corazón pobre, que

conoce sus propias pobreza y lo da todo por el otro. Por esto, queridos hermanos y hermanas, deseo orar con ustedes a Cristo en esta Cuaresma: “*Fac cor nostrum secundum Cor tuum*”: “*Haz nuestro corazón semejante al tuyo*” (Súplica de las Letanías al Sagrado Corazón de Jesús). De ese modo tendremos un corazón fuerte y misericordioso, vigilante y generoso, que no se deje encerrar en sí mismo y no caiga en el vértigo de la globalización de la indiferencia. Con este deseo, aseguro mi oración para que todo creyente y toda comunidad eclesial recorra provechosamente el itinerario cuaresmal, y les pido que recen por mí. Que el Señor los bendiga y la Virgen los guarde.

Vaticano, 4 de octubre de 2014
Fiesta de san Francisco de Asís

Franciscus